

Hallando la Iglesia

El cristiano que teme la globalización se está perdiendo algo importante. No se trata sólo de la historia de los hombres: por miles de años, el hombre ha estado corriendo de un extremo del mundo al otro, en una búsqueda frenética de comercio, conocimientos, territorio, o esclavos. Algunos imperios, y algunas guerras, se atribuían una gloriosa importancia mundial que no merecían. Antes del ímpetu actual de globalización, todos estos eventos, con una sola excepción, fueron al azar.

La excepción comenzó cuando Jesús de Nazaret enseñó a los hombres a amar, no sólo a la familia, la ciudad, o la patria, sino incluso hasta a los enemigos. Esta excepción se institucionalizó cuando el Resucitado dio su mandato: “Id, pues, y haced discípulos de todas las naciones.” Esto dio como resultado la Iglesia, “católica y apostólica” la primera institución con fines específicamente globales.

Se podría mantener que, por espacio de unos dos mil años, la Iglesia fue una institución global, antes que llegase ningún otro concurrente. O concurrentes — porque han llegado en grandes números. Ahora que ha llegado la “noósfera” de Teilhard de Chardin, se ha convertido en un gran concurso. La Iglesia está perdiéndose de vista tras, o bajo de, o dentro de, otras instituciones globales de talante tan diverso como lo son la televisión por satélite, el Internet, y la OPEP. El comercio es global, y también lo es el terrorismo. Las Naciones Unidas impulsan una política global, y el SIDA impulsa una epidemia global.

A la Iglesia de hoy se le percibe como “global” del mismo modo que todo lo demás se ha vuelto global. Otras religiones, que en otros tiempos habrían sido limitadas por fronteras nacionales o étnicas, se han globalizado también. Hay mezquitas en Tokio y casas de zen en Austria. El gobierno francés se ha mostrado perplejo ante los pañuelos de las jóvenes musulmanas, y el gobierno de la India parece ser de la opinión que para ser indio, propiamente dicho, se tiene que ser hindú.

Vívidas imágenes de todo esto corren por todo el mundo por vía de los medios de comunicación. Y como parte de esto, en las últimas décadas hemos visto a los Papas viajar y atraer enormes muchedumbres. Los Papas, que destacan entre los personajes mundiales más conocidos y populares, han estado mostrando “la Iglesia” al mundo. (Aunque también quepa decir que la Iglesia ha recibido mucha atención negativa — el abuso, los conflictos, la complicidad en el genocidio.)

Esta es la Iglesia que todo el mundo percibe dentro de la “cultura global.” Pero existe otra, aquélla que ha estado globalizando a través de todos los continentes por dos milenios. Esta tiene que buscarse con esmero, pues no es tan fácil de hallar. Los sociólogos ignoran cómo medirla, y los políticos, cómo manipularla. En los medios de comunicación se hace mención de ella con la misma frecuencia que se menciona al Principio de Bernouli. Pero la Iglesia sigue viviendo su vida cotidiana, sin importarle si alguien le está haciendo caso o no. Los cristianos siguen recitando el Credo y adorando a Cristo en la Eucaristía. Con gozo bautizan a sus bebés, y con esperanza entierran a sus muertos.

Es ésta la Iglesia a la que la Consulta de Roma de 2004 buscaba. Setenta directores — jesuitas, religiosos, y laicos — de casas y centros de espiritualidad llevados por jesuitas, vinieron desde todos los continentes para preguntar qué es lo que necesita esta Iglesia global. Querían descubrir lo que sus 250 casas y centros aportan a la Iglesia, y qué otras cosas le podrían aportar.

Desde el comienzo, descubrieron que su ministerio espiritual ha sido afectado en gran medida, no sólo por esta nueva globalización, pero más aún por la más antigua de todas. La Iglesia, que es la primera institución globalizada, va esparciéndose como levadura. Así que el informe sumario de su consulta comienza de esta manera: “Visto como un todo, el ministerio de los Ejercicios florece de varias maneras, aparte de las Casas de Ejercicios y Centros de Espiritualidad.”

Si todas estas personas hubiesen venido a Roma a defender sus instituciones, este informe habría sido una mala noticia. Pero no vinieron con ese fin, y el informe no les fue desagradable. Lo recibieron como una mezcla de buenas y malas noticias, tal y como la gente sensata percibe la globalización en general. Lo bueno se encuentra tan entremezclado con lo malo, que las viejas categorías no ayudan mucho a distinguir entre

uno y el otro.

Las malas noticias, vistas de cierta manera, comienzan con los ejercicios de treinta días: ha disminuido el número de personas que los hacen, y aún más entre los laicos. Además, en el área de Ejercicios dirigidos individualmente, son menos las personas que hacen los ejercicios de ocho días — y entre éstas, rara vez se sigue el programa de las Cuatro Semanas. Lo único que sobrevive de la tradición de cuatro siglos es el número de días, y el silencio. Lo demás se improvisa. Ambas disminuciones podrían percibirse como negativas, moderadas por el hecho que el número de sacerdotes y religiosos que solían hacer todos esos ejercicios ha disminuido también.

Lo bueno y lo malo también se combinaron en el exuberante crecimiento global de los Ejercicios en la Vida Ordinaria. No es una exageración el afirmar que cientos de personas en la actualidad están dando los Ejercicios en la Vida Ordinaria. Tampoco lo es el decir que las personas que los dan demuestran más celo que preparación. Un resultado de esto es que los ejercicios que se dan como Ejercicios de la Anotación 19 no lo son en realidad, puesto que son pocos los ejercitantes que hacen una elección o toman una

*el “nuevo” modo
consiste en estudiar
el texto a partir de la
experiencia personal
de dar y hacer los
Ejercicios*

decisión seria. Lo que se les está dando son, mejor dicho, los “ejercicios leves” de la Anotación 18. A los partícipes no les pareció tan mala esta noticia. No podían ignorar que son muchos los que dan los Ejercicios y muchos los que los hacen. ¿Qué importa si no ocurre nada aparte de algunas buenas conversaciones espirituales, y algunas buenas horas de oración? Los católicos están aprendiendo a hablar sobre sus experiencias de Dios en Cristo, y los protestantes están aprendiendo una vez más a orar con los Evangelios.

Los directores de las Casas de Ejercicios y Centros de Espiritualidad se informaron sobre cómo el ministerio globalizado de los Ejercicios está rindiendo mucho fruto, y en cuatro grandes aportes.

El primer fruto es un nuevo, y maduro, modo de leer y estudiar el texto de los *Ejercicios espirituales*. El “antiguo” modo tendría que incluir,

con cauteloso respeto, aquellos comentarios escritos por jesuitas (y sólo por jesuitas) que no habían ni dado, ni hecho ejercicios individualizados, sino ejercicios predicados. El nombre de Aloysius Ambrozzi viene a la mente. Muchos de estos ejercicios siguen siendo muy efectivos para las personas que dan Ejercicios dirigidos. El “nuevo” modo, claramente en evidencia en las Consultas de Roma, consiste en estudiar el texto a partir de, y con fidelidad a, la experiencia personal de dar y hacer los Ejercicios. En este nuevo modo tendrían que incluirse los varios comentarios extensivos de décadas recientes — Gilles Cusson viene inmediatamente a la mente — así como los muchos artículos importantes que han aparecido en publicaciones internacionales y locales.

Aquí cabe comentar el análisis de las reglas para “Sentire cum ecclesia” que el P. General Peter-Hans Kolvenbach comunicó a la Consulta de Roma 2004. El análisis, que fue estudiado por los partícipes en los seminarios de la tarde, aparece más abajo en esta evaluación. De crucial importancia es reconocer que este modo de estudiar los Ejercicios no puede ponerse en práctica por jesuitas trabajando por su propia cuenta. El P. Kolvenbach comentó sobre “Sentire cum ecclesia” porque así lo pidieron los partícipes, tanto jesuitas como laicos.

*la Consulta Roma 2004
logró establecer una
distinción entre la
aplicación de Ejercicios y
la adaptación de éstos*

El segundo fruto que ha producido este ministerio en expansión aun está en vías de maduración: el redescubrimiento de la Anotación 18. La mayoría encuentra esta discusión extrañamente técnica (*Manresa* recientemente ha dedicado un número entero al tema) y académica. No ven cómo puede aplicarse a la experiencia actual. Como principio, los directores dan las cuatro Semanas enteras a todos los que hacen los Ejercicios en la Vida Ordinaria, lo cual hace que la experiencia se parezca mucho a la Anotación 19. Lo que es más, son pocos los ejercitantes que necesitan de, y hacen contacto con, la dinámica entera o pedagogía. La mayor parte de ellos no pretende hacer una elección o tomar una decisión. Hay algunos que comienzan con una intención seria, pero van moviéndose desde allí hacia una experiencia espiritual más sencilla —

esto es precisamente la experiencia que ha comentado el Maestro Ignacio en la Anotación 18. Este movimiento de vaivén es a lo que se refieren los directores expertos como Bernard Owens, cuando confiesan no estar seguros de poder apreciar “*a fondo* los esfuerzos para distinguir entre los ejercicios de la Anotación 18 y los de la Anotación 19.” Lo que en realidad experimentan las personas en los Ejercicios no puede organizarse fácilmente en categorías específicas. Las dos categorías básicas no pueden, en sí, distinguirse la una de la otra con nitidez.

A pesar de esto, la Consulta Roma 2004 logró establecer una distinción, básica a la autenticidad ignaciana, entre la *aplicación* de Ejercicios, y la *adaptación* de éstos. El Maestro Ignacio usa la palabra *aplicar* solamente una vez en el texto. La usa precisamente en la Anotación 18, para señalar que es imposible *aplicar* todos los Ejercicios para todas las personas. Los primeros compañeros entendían que era posible aplicar *algunas partes* de los Ejercicios. Esto es lo que la anotación exige, y lo que las personas que dan Ejercicios están descubriendo. Están apelando más a lo que la Anotación 18 recomienda, incluso las reglas de discernimiento de la Primera Semana y las reglas para sentir con la Iglesia, en vez de servirse de los recursos espirituales que flotan alrededor de la globalización actual, como la meditación zen y el eneagrama. Poco a poco van construyendo una manera ignaciana de vivir en la antigua Iglesia globalizada.

He aquí el tercer fruto, aún en proceso de maduración, del ministerio global de los Ejercicios. La antigua Iglesia global ofrece “El Camino” — silencioso, no muy visible, pero definitivo. Paulatinamente, lucha para aceptar que la espiritualidad ignaciana, aunque sólo sea *un camino*, es sin embargo *un camino* hacia Dios. Por lo tanto, los colegas ignacianos buscan un camino, un modo concretamente ignaciano de vivir la vida cristiana. Esto es lo que impulsó a los directores de Casas y Centros en Latinoamérica a reunirse este año, por primera vez, con colegas laicos. Quisieron dialogar sobre “la espiritualidad ignaciana en su modalidad laica.”

Si se desea comprender una experiencia, se le pregunta a una persona que la ha tenido. Las Consultas de Roma ilustran de manera vívida que las distinciones entre clero, religiosos, y laicos van haciéndose más

borrosas ante la nueva globalización. En discusiones de grupo, los partícipes son casi indistinguibles entre sí, al menos que alguno decida citar experiencias propias a su clase. La experiencia ordinaria de la vida católica ordinaria es, de verdad, como la levadura, que sigue esparciéndose entre nosotros. A medida que la espiritualidad ignaciana se ha extendido por el globo, ha borrado, o incluso destruido, la categoría clerical de los evangelizadores.

Llegamos a la cuarta aporte de fruto de Ejercicios, un fruto ya maduro: el laicado está evangelizando. Por casi todas partes, los laicos están eligiendo los *Ejercicios espirituales* como un medio hacia la “nueva evangelización.” A diferencia de la vieja evangelización, la cual era sumamente visible, esta nueva evangelización evoca la antigua Iglesia global. El término es reciente, originado por el Papa Juan Pablo II. Él opina que los cristianos deben hacerse un llamamiento mutuo para retornar al “conocimiento por excelencia de Jesucristo,” en relación personal. El hacer esto exigirá un nuevo modo de proclamar las Buenas Nuevas, afirma el Papa. La espiritualidad ignaciana ofrece, providencialmente, un modo que casi todos encontrarán nuevo: orar a través de la vida de Jesús de Nazaret en las Cuatro Semanas de los Ejercicios. El Papa también sostiene que la nueva evangelización exige un nuevo lenguaje. ¿Cómo caben aquí los Ejercicios? El texto, después de todo, con sus términos e imágenes específicamente ignacianos, tiene cuatro siglos y medio de edad. Sin embargo, lo que es nuevo es que estos términos e imágenes provienen de la boca de católicos adultos. Sean madres de familia, obreros jubilados, abogados, o médicos, ellos hablan con otros, y en tono certero, sobre el discernimiento, el examen de conciencia, interpellando a los demás a conocer y amar a Jesús, el Reino, los preludios — ésta es una nueva conversación, y en sus bocas, un nuevo lenguaje.

Esta es la Iglesia que se busca: el católico ordinario, que vive una vida ordinaria, y la comunica al mundo a su alrededor. Precisamente aquí es donde se halla la globalización institucionalizada más antigua de todas, aunque no ha de figurar entre los análisis de la “globalización” realizados por los estudiosos. Es una lástima: los que saldrán perdiendo son ellos.